

## EL SILENCIO DEL TIGRE

Aquella tarde de mediados de noviembre mis piernas se ponían cada vez más pesadas, no sólo porque hacía más de 10 horas que caminaba sin parar, sino que también la arena húmeda y alguna que otra ola con más ímpetu me empapaba las zapatillas y las botamangas de los jeans. Era un día caluroso pero la brisa que venía del mar lo tornaba agradable.

La costa de Necochea para el lado del Balneario “Los Angeles” era de impresionantes 150 metros de ancho. A mi izquierda el azul oscuro del océano con el constante sonido del devenir de la marea; a mi derecha, médanos altos, empinados y sin huellas; y hacia delante la distancia de no encontrar la meta unía los dos lados en una perspectiva perfecta. Toda la postal se agigantaba por la inmensa soledad del lugar.

Durante mi larga caminata había dejado atrás el casco urbano, el parque “Miguel Lillo”, la zona de las grutas, “Punta Negra” y las pocas chacras de la zona, ya a esa altura la desolación era completa, sólo las gaviotas con sus graznidos quebraban el ritmo del sonido de las olas.

Pasaron un par de horas y me alejaba aún más de la civilización. Los médanos comenzaron a dejarle paso a los acantilados, algunos de ellos con cuevas que me sorprendieron por su tamaño y profundidad. Desde el mar surgían los bancos de coral de un verde oscuro y brillante producto de las algas y el agua salada. El espacio de arena se había estrechado considerablemente lo que me supuso que la marea alta golpearía con fuerza los acantilados erosionando las piedras y contorneando la entrada a las cuevas. Las características de la zona me aseguraban que estaba conociendo “Cueva del Tigre”.-

El quejido desgarrador provenía del otro lado de lo que pensé sería el último médano de la costa del Partido de Necochea. Sus 50 o 60 metros de altura me hacían flaquear las ganas de investigar, pero casi inconscientemente, o mejor dicho, la necesidad de

encontrarme con algo o con alguien me inyectó fuerzas para escalar. Trepé el escollo con las piernas hundidas hasta la rodilla en la fina y caliente arena seca. Con muchísimo esfuerzo llegué a la cima; por fin podría ver lo que estaba del otro lado.

Era un paisaje distinto, un lugar excepcionalmente extraño. El verde de una vegetación ruda, obligada y acostumbrada a crecer en terrero sin tierra se mezclaba con el dorado del sol sobre la arena. La superficie que se extendía hasta los límites de la vista era ondulante y con algún que otro arbusto que no llegaban a la categoría de árbol. Pero ahí nomás, al pie del médano, en un perfecto rectángulo se mantenía el suelo llano. Estaba delimitada por un alambrado firme que contenía en su interior una vieja casa de ladrillos con techo a un agua de tejas descoloridas, un tractor de no se que antigüedad, gallinas, pollos, dos perros correteando y jugando entre ellos, un corral con no más de quince chanchos de distintos tamaños y corderos. Lo más fascinante era un hombre de edad indescifrable, corpulento, ropas de gaucho, sombrero y piel curtida de color bordó que limpiaba con un trapo la hoja de un enorme cuchillo que paseó su filo por el cuello de un corderito inerte a sus pies.

Los perros fueron los primeros que delataron mi presencia, el casero se volvió hacia mi. Su mirada penetrante escudriñó la presencia del intruso mientras el potente reflejo del sol en la ancha y larga hoja plateada del facón me encandilaba.

***Don't lie me Clarise.-***

El recuerdo de la memorable escena entre la agente del F.B.I., Clarise Starling, y Anibal "El Canibal" Lecter en "El silencio de los corderos" (conocida como "El silencio de los inocentes") me dejó petrificado.-

*Qué anda haciendo mi amigo?.-*

Su voz sonó firme pero amable entre los ladridos de los perros.-

*Buen día, Don. Bajaba el médano ya con la mano extendida. Lo que pasa es que me quedé encajado con la camioneta.-*

El hombre se acerca amigable y con una sonrisa. Me estrecha la mano con fuerza demencial. Los perros seguían histéricos ladrando.

*Fuera carajo, fuera!*. Los perros seguían ladrando y ya me toreaban. Se agacha y amaga tomar una piedra, los cuzcos entienden por fin la orden y se escapan con el rabo entre las piernas. En el camino se detienen a olfatear con claras intenciones el cadáver del corderito; *Pero la puta que los parió*, grita corriendo hacia el lugar. Revolea una torpe patada que no da en el blanco. *Perros de mierda*, susurra el casero indignado por su evidente falta de autoridad mientras sus mascotas lo observan a prudente distancia.-

Me invitó a pasar. La casa era fresca pero oscura. La entrada daba directamente a la cocina comedor. El piso de cemento, las paredes con revoque con algunos cuadros con fotos ilegibles. Tenía una estufa a leña con una parrilla arriba, al costado un horno de barro. En el centro de la habitación una mesa de madera cuadrada con tres sillas del mismo material. A la derecha un viejo sillón de dos cuerpos con una mecedora al lado. También había una salamandra, una pileta con mesada, una enorme y antigua heladera, una “Spika” que sonaba muy bajo y un aparador con cajones apoyado en una de las paredes que exhibía algunas caracolas y conchas de mar descoloridas. La única ventana no era demasiado grande y se encontraba con los postigos cerrados. La iluminación provenía de la puerta de acceso que estaba abierta y de una vieja lámpara que colgaba del techo. A la izquierda una entrada con cortina comunicaba a otra habitación que no la podía ver.-

*Siéntese, mi amigo. Por qué no me cuenta como se llama y que anda haciendo por estos pagos?.-*

*Como ya le dije me quede encajado con la camioneta... acá a unos kilómetros.* Mientras me sentaba en una de las sillas.-

*Yo me llamo Evaristo “El Tigre” García. Y su gracia es...?.* Preguntó insistente extendiéndome nuevamente su poderosa mano.-

Apreté con fuerzas para tratar evitar el dolor de su saludo. No pude.-

*Agustín Rodríguez.- Notó el sufrimiento en mi rostro.-*

*Perdóneme, mi hijo. Lo que pasa es que este gaucho bruto no controla la fuerza.-*

*Esta bien, no es nada.-*

*Así que se quedó encajado con la camioneta?.-*

*Si. A unos tres o cuatro kilómetros para el lado de Necochea. Estuve caminando por la orilla hasta que sentí el llanto del cordero que me trajo hasta su casa.-*

*Bueno no se preocupe, mi hijo, que con el tratorcito la sacamos enseguida. Se dirigió hacia la puerta y se asomó mirando hacia fuera. El tema que está por oscurecer. Lo invito a cenar un cordero con una buena cerveza helada, se tira a dormir en ese sillón y mañana bien tempranito nos encargamos de su chata.-*

Tenía que reconocer que aunque el lugar era bastante precario y antiguo la limpieza era imaculada. De todas maneras “El Tigre” parecía gente de bien y nadie en Necochea podía sospechar mi actual estadía. Eran cerca de la nueve de la noche y estaba muerto de sed y famélico.-

Antes que pudiera decir nada, mi anfitrión ya estaba destapando una cerveza, sacó dos vasos de la mesada y comenzó a servir. *Tómese una mientras tiro el cordero en la parrilla, y no le escatime que hay para rato.* Era obvio que con su actitud daba por hecho que aceptaba la invitación.-

*Pero no hay problema que me quede Don Evaristo?.-*

*Y a dónde carajo vas a ir.-* Dijo con una sonrisa paternal. *Y no me digas más Don, o Evaristo o García, llamame simplemente “Tigre”, che.-*

Me gustó su confianza y actitud campechana. Realmente me venía bárbaro una cerveza bien fría con un cordero a la parrilla. Toda la situación había logrado quitarme el recuerdo, por lo menos por un rato, y eso era lo mejor.-

Mientras condimentaba el cadáver del animal y prendía el fuego yo fondeaba el vaso con placer. Sin que se diera cuenta me volvía a servir, una y otra vez, hasta que la botella se terminó. *Tiene otro Don, perdón Tigre?.-*

*A la mierda.* Dijo dirigiéndose hacia la heladera y destapando otro cerveza. *Sos de buen tomar pibe.-*

Había consumido tres vasos inmensos con el estómago vacío y después de una caminata a pleno sol por más de doce horas. Se me obnubiló la vista y la mente.-

***Pero que hiciste Agustín!!!!***. El grito desgarrador de la joven mujer me estremeció.-

***Por Dios, Agustín, qué hiciste?, levántalo, levántalo...!!!***. Salí presuroso. Afuera la brisa nocturna me cacheteó fuerte y me reanimó. Pude extasiarme y contemplar fascinado el lugar de noche. La luna blanqueaba la arena del médano que ascendía hasta recortarse abruptamente con el negro estrellado del cielo nocturno. La inexistencia de contaminación y luz artificial ayudaba a contemplar el maravilloso espectáculo de la Vía Láctea y el lejano sonido del mar pacificaba cualquier espíritu angustiado.-

*Che pibe, qué carajo está haciendo ahí afuera?*. El Tigre me sacó del letargo.-

*Nada, solo buscando el baño.-*

*Está acá atrás de la casa. Te estas meando, Che. También puedes cagar tranquilo que la letrina esta limpia. Ahí, colgado tenés un rollo de papel.-*

Realmente me causaba gracia el paisano. Cuando llegué al baño encontré que tenía razón. Era un pequeño habitáculo de chapa pero muy firme, de no más de dos metros cuadrados y apoyado contra una de las paredes de la casa. Había un inodoro con un tanque con agua arriba del que le salía una cadena oxidada y casi llegando al techo un caño de diez centímetros que supuse sería la ducha. Al costado un rollo de papel higiénico. Todo estaba muy limpio. Decidí sentarme y hacer todas mis necesidades con la puerta abierta contemplando la belleza del lugar.-

*Noooooo. Qué hiciste...te dije que tuvieras cuidado!!!!. Alzalo, por favor, alzalo...-*

*Che, pibe, no te me abras ido por el inodoro? Vení que ya va estar la carne.-*

Quién iba a imaginar que terminaría la noche comiendo un asado, tomando cerveza y cagando en una letrina en el medio de la nada. El olor de la carne cocinada me abrió aún más el apetito.-

*Sentate, che, que te sirvo. Qué parte preferís?. Pata, costilla, con hueso sin hueso?.* Ya estaba puesta la mesa con dos platos, vasos, servilletas, tenedores en pareja con cuchillas parrilleras, un salero de plástico, un bol para las sobras, un bol con tomate y lechuga cortada y una botella de cerveza.-

*Cualquier cosa Tigre.* Trajo una fuente con gran cantidad de partes del cordero.-

*Elegí vos nomás. Ahí te preparé el sillón con una almohada y frazadas. Abrigate bien que a la noche hace frío.* -

*Gracias.-*

*No me des las gracias y contame un poco de vos. Pareces muy pibe, qué edad tenes che?.-*

*Acabo de cumplir los treinta.-*

*Treinta? Pareces muchos menos.-*

*Bueno gracias.* Atiné a responder mientras me servía una costilla con abundante ensalada.-

*Acercá el vaso que te sirvo cerveza.-*

La tomé de un solo sorbo, fondo blanco como decíamos con mis amigos. Era abundante, pesada y estaba realmente helada. Me produjo una punción aguda en la frente.-

*Agarralo por favor, agarralo por favor. Decime que está bien.* Gimiendo de rodillas, suplicaba la joven mujer.-

El Tigre notó la angustia en mi rostro.

*Qué fue lo que te pasó che?. Comencé a explicarle con los gritos de mi esposa retumbando en mi cabeza:*

*Hoy a la mañana estaba bañando a mi hijo de dos meses y mirando por la tele el informativo. Quería enganchar las imágenes de los goles de Racing del partido de ayer. Si soy hincha fanático de Racing. Mi esposa me decía que tuviera cuidado con el bebe...Me sirve más cerveza?. Necesitaba esa pausa para tomar aliento. Yo siempre bañaba al bebe. Sinceramente me rompía que me hinchara con eso, pero bueno, vio como son las mujeres. El tema es que aparecieron las imágenes justo en el momento que sacaba a mi hijo del piletón y cuando quise apoyarlo en la mesa...otro fondo blanco de cerveza helada...calculé mal y se me cayó al piso y... Comencé a llorar. Me tapé la cara con las manos sin disimular el llanto. Se me cayó Tigre. Se me cayó. Golpeó justo con la cabeza. Mi esposa empezó a los gritos pero mi hijo ya estaba muerto. Salí de mi casa y caminé y caminé y caminé hasta llegar hasta acá. Qué quiere que le diga, por mirar un gol de Racing maté a mi hijo de dos meses.-*

*No andabas en camioneta?.-*

*Que camioneta, me vine caminando.-*

*Bueno, mi hijo. Todos tenemos nuestra historia.. Hace una larga pausa. La cuestión es que haya por el 1918 yo era un matón de veinticinco años y...Mientras me contaba intentaba calcular su edad. El Tigre tiene, a ver...estamos en el 1971, puta madre el alcohol no me deja pensar...a ver...el Tigre tiene...SETENTA Y OCHO AÑOS...en el bar estábamos todos borrachos. El porteño careta se me hizo el vivo y ahí nomás pele la faca y él un revolver. Ni lo pensé, me le tire arriba y lo ensarté como chorizo de croto. Le reventé el hígado, los chinchulines le colgaban por todos lados. Tardó en morir el careta, desangrado y despanzurrado. Te imaginás que la cana me buscaba enloquecida. Así fue como aparecí por estos pagos. Me armé la casita y de apoco fui consiguiendo los animales y el tratorcito.-*

*Y nadie te vino a buscar?.-*

*La verdad que no. Me enteré por los paisanos de la zona que se comentaba que yo estaba escondido en las cuevas y de ahí quedó el nombre, pero nadie vino a buscarme y yo jamás volví a Necochea.-*

*Y de qué vivís Tigre?.-*

*Hago laburitos en las chacras vecinas y en los veranos con el tratorcito saco pelotudos que se encajan. Tengo de todo y lo que me falta me lo consiguen los peones amigos que van para la ciudad. Pero bueno, basta de charlas y vamos a acostarnos, mañana veo como hago para que te lleven a Necochea.-*

Ese mediodía el sol abrasaba con fuerza y el calor era descomunal. La mole de arena frenaba la brisa marítima y reparaba el lugar, la temperatura ascendía tres o cuatro grados en esa zona.-

El joven de mocasines, pantalón de traje, camisa desabrochada hasta el esternón y remangada, corbata enroscada en la cabeza tipo vincha, esbozó una mueca de alegría al llegar a la casa de ladrillos a la vista. Había algunos chanchos, corderos, gallinas pero ningún perro. Al costado de la vivienda un viejo tractor. Golpeo fuerte las palmas.-

*Buenasss!. Gritó.-*

La entrada no tenía puerta, solo una cortina blanca que impedía ver en su interior. Una mano rugosa apartó la tela y descubrió la figura de un viejo de ojos verdes y mirada penetrante.-

*Buenas. Cómo le va?. Qué suerte que lo encuentro. Soy el ingeniero Juan Carlos Alvarez y estamos haciendo la ruta...-*

El viejo sin hablarle se dirigió al tractor. Con inusitada agilidad se sube y se afirma al volante. El forastero lo sigue de atrás.

*Disculpe que lo moleste a la hora de almorzar pero como le decía estamos haciendo la ruta acá unos kilómetros y me encajó con la camioneta y nadie....-*

Al encender el motor el ruido tapa el final de la explicación.-

*Sube o se va a quedar todo el día ahí parado?.* Gruñó el casero.-

*Si, disculpe.* El ingeniero se acomoda a un costado. El viejo pone primera y el tractor, al comenzar a rodar, deja al descubierto una cruz de madera blanca, de un metro de alto clavada en el suelo. Con letras de imprenta y negras se leía: **EL TIGRE.**-

*Enterró algún perrito Don?.-*

*No.-* Le contesté.-